



En torno a los sucesos de sangre ocurridos en la capital y en nuestra comunidad



Tiempos de vida y muerte

Gran conmoción ha ocasionado en todo el país el hecho de sangre ocurrido en la persona de la empresaria panificadora María Rosa Castillo Gonzales, que sucumbió ante la insanía de su hijo Marco Arenas Castillo de 22 años, quien la incapacitó para luego quemarla viva, contando con la complicidad de su enamorada Fernanda Lora (18); y, por si este hecho ya no fuera por demás condenable, luego una joven universitaria de 17 años muere a poca distancia de su casa vilmente asaltada por sujetos indeseables que la degüellan y la abandonan a su suerte. ¿Qué está ocurriendo con los jóvenes? ¿Podremos ser capaces de creer en la juventud que se levanta y repetir aquello de “juventud divino tesoro” con las muestras de animalidad que nos están demostrando? Cada vez, nos asombramos más de las aberrantes acciones que cometen y para las cuales tienen una explicación que la psicología esgrime como un paliativo: “no tuvieron atención de sus padres”, “nunca les dieron muestras de afecto”, “jamás conversaron con sus padres o familiares”; como si estas frases que suenan a excusas fueran suficientes para amenguar los terribles actos que cometieron y con ello minimizar la pena que por justicia debería ser la máxima y sin ningún atenuante.

En nuestro país, a su tiempo se han estado ventilando en el Poder Judicial más de un caso similar ocurrido, justamente por jóvenes para con sus padres y personas cercanas: Giuliana Llamoja que apuñaló a su madre y la mató. Elita Espino Vásquez que ayudó en el asesinato de su madre; Eva Bracamonte también acusada de ser la autora intelectual del asesinato de su madre; antes, el joven Basombrío que eliminó a su compañera de estudios e invalidó a una joven trabajadora del hogar. Y estos son casos sonados que tienen mucho despliegue noticioso por el nivel social de sus protagonistas, pero no dejan de haber cientos de casos en el común de las personas con hechos reprobables como aquellos que no tienen mayor publicidad y se pierden en el vértigo del día a día. Las conversaciones que se producen en estos momentos tienen un hálito de temor, de un sarcasmo estudiado que no es otra cosa que desconfianza ante lo que ocurre y de cuya realidad no estamos libres: “Hay que empezar a cuidarnos



en casa”, “oye, tú tienes un solo hijo, no te quedes sola con él”, “debes cuidar tu patrimonio”, “no abras la puerta en la noche a nadie”.



En nuestra comunidad también somos mudos testigos de asaltos a jovencitas por otros jóvenes que con armas blancas las someten, les arrebatan sus pertenencias, las derriban de las motocicletas, las invalidan por los accidentes que provocan. Estamos viviendo un tiempo sumamente peligroso, no hay ninguna seguridad ni en la calle, ni en la casa. Lo que es más, los valores que nos deberían acompañar como fortalezas naturales de una vida plena, confiada, productiva, se van esfumando por estos hechos y este ambiente que se ha convertido en insalubre emocionalmente. ¿Y qué de los sicarios?, son también jóvenes que matan por encargo. Las noticias nos muestra al sicario más joven hasta ahora: ¡12 años!, y tiene en su haber más de veinte

personas victimadas. Los “gringashos” y las “gringashas” son una realidad del lumpen social con el que convivimos.

Sin embargo, algo podrá hacerse y es la comunidad que debe contribuir para ir erradicando esta podredumbre en la que estamos inmersos. **Desde la casa**, con correctivos adecuados que preserven el respeto interno por los del hogar; hecho que trascenderá a la sociedad. Ya no se debe ceder a la exigencia de los jóvenes que no hacen ningún mérito para alcanzar lo que pretenden. **Desde los líderes de la comunidad**, con el ejemplo congruente de sus proclamas. **Desde las autoridades**, que cumplan realmente con sus responsabilidades que para eso se comprometieron. **Desde cualquier organización que pretenda la defensa de la población**, que verdaderamente se preocupen por el bienestar de la comunidad.



¿Podremos en un tiempo cercano retomar la sencillez de una vida plena, sin altibajos emocionales, con verdadera libertad y los jóvenes sean como siempre debieron ser: enérgicos y firmes en sus ideales; analíticos y observadores de lo que les rodea, deseosos del triunfo que se consigue a pulso con la fuerza de su voluntad inquebrantable? ¿Lo veremos o tendremos que rendirnos ante la evidencia que esos eran “los años verdes”... que no volverán?

Del tema hay mucho que hablar. Como dice el portugués: *Da pra mais*.